

Hacer un Tratado de Comercio Justo en lugar de “Libre Comercio”

Pablo Chaverri Chaves



En la actual coyuntura, resulta imperativo desnudar la falacia que se esconde tras la expresión “Libre Comercio” y dar una verdadera oportunidad a nuestros pueblos y a nuestros productores, especialmente a aquellos que más la necesitan, mediante la filosofía y la práctica del Comercio Justo.

Nadie cuestiona la necesidad de todos los países de comerciar, de comprar y de vender, de importar y exportar. Esto es tan viejo como la humanidad misma. Si lo anterior es cierto, entonces aquí no reside el problema. Me parece que la grave problemática está en las reglas que rigen el intercambio, que benefician a los poderosos, dándoles todo tipo de ventajas, inclusive para explotar personas y destruir el ambiente natural, y excluyen y destruyen a los pequeños.

Los defensores del “Libre Comercio”, cuando se ven acorralados por los justos reclamos e incontestables argumentos de sus críticos, han dicho que éstos no ofrecen una alternativa, y ¡tienen razón! Lo cual es lógico, ya que la tarea fundamental de quienes defendemos un modelo alternativo de desarrollo ha sido, hasta ahora, básicamente de resistencia más que de propuesta, en un contexto donde los principales medios de comunicación y los grandes políticos-empresarios han salido a enviar un mensaje de inevitabilidad, de que se van a perder muchos empleos, de que no nos podemos aislar, de que el TLC entre Centroamérica y Estados Unidos es, en sí mismo, es el futuro; de que quienes nos oponemos a este modelo seremos los responsables de las terribles consecuencias que traerá el no asumirlo. En pocas palabras, se han dedicado a mostrarnos una sola

cara de la moneda, la “Oficial”, y a meternos miedo. Inclusive recuerdo una ocasión en que un alto funcionario de la presente administración dijo que tenemos el privilegio de tener un gobierno dispuesto al diálogo, pero que él no podía entender cómo era tan siquiera posible que hubiera personas que se opusieran al TLC.

A pesar de este tipo de contradicciones, resulta que sí existen alternativas, que no todo es un panorama sombrío de perpetuación de la hegemonía, la dominación y la explotación. Considero que una de ellas es la del Comercio Justo, que es una propuesta verdaderamente novedosa que busca cambiar las reglas del juego.

Dichosamente, no se trata sólo de una idea abstracta, ya contamos con interesantes ejemplos pero que todavía se mantienen en una muy pequeña escala y en el anonimato, sobre todo porque no sirven a los intereses de los poderosos. Tal es el caso, por ejemplo, de los sellos de garantía de producción en armonía con la naturaleza y de responsabilidad social y económica.

Hay organizaciones que promueven internacionalmente productos como el café hecho sin explotación de mano de obra infantil y sin aditamentos químicos artificiales y peligrosos, mostrando respeto por el productor y el consumidor a la vez.

Lo interesante del asunto es que cada vez hay más consumidores interesados no solamente en la calidad y el precio de los productos que consumen, sino también en la forma en que fueron producidos. Tal cosa ha hecho que muchas

Diálogos



personas estén dispuestas inclusive a pagar más si saben que el producto que consumen no sólo no destruye ni explota, sino que además beneficia. Este es el caso del Programa “Make Trade Fair” (Hacer Comercio Justo) de la organización no gubernamental internacional Oxfam Community Aid Abroad (ver: www.maketradefair.org), que, a cambio del apoyo en la comercialización de productos agrícolas internacionalmente, le exige a los productores cumplir con requerimientos básicos tales como: dar excelentes condiciones laborales (entre otras: buenos salarios, seguro de salud, jornadas de trabajo justas, permitir la organización autónoma de las y los trabajadores), proteger el ambiente natural y ayudar en el desarrollo de las comunidades de donde se extraen los productos. Es cierto, todo lo anterior constituye derechos consagrados, pero dolorosamente sólo en el papel, la realidad es más bien opuesta a ellos.

Pensemos en todo lo bueno que podría ocurrir si estas iniciativas de comercio justo se volvieran realidad, si la Organización Mundial del Comercio (OMC) le diera importancia a esto, si estas normas básicas de respeto al productor y al consumidor se institucionalizaran, si los países poderosos asumieran su responsabilidad histórica y pendiente con los débiles y los pequeños, si en lugar de establecerse los TLC para favorecer los intereses de las mega corporaciones transnacionales se establecieran Tratados de Comercio Justo, si en lugar de garantizarse condiciones de privilegio y servidumbre a favor de las grandes empresas se fortaleciera el Estado Social de Derecho, si en lugar de excluir a los pequeños se les incluyera mediante condiciones favorables para su desarrollo, o si en lugar de haberse “negociado” un Tratado de Libre Comercio entre Estados Unidos y Centroamérica se estuviera discutiendo un Tratado de Comercio Justo; entonces y sólo entonces sí podríamos empezar a hablar de desarrollo sostenible, de lucha contra la pobreza, de equidad, de gobernabilidad o de autonomía e independencia nacionales.